

Una palabra al lector

«¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (Jn 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: “La obra de Dios es ésta: que creáis en el que Él ha enviado” (Jn 6, 29). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación».

(BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta fidei*, 11-X-2011, convocando el Año de la Fe)

Benedicto XVI, en el 50 aniversario del Concilio Vaticano II ha abierto el *Año de la Fe* que está recorriendo el Pueblo de Dios. Es lo mismo que hizo Pablo VI el 29 de junio de 1967, a raíz de la clausura del Concilio. Ambos eventos constituyen una forma emblemática de anunciar a todos los fieles que sólo desde la fe creída y vivida podía la Iglesia –y puede– llevar adelante la riqueza de vida cristiana que manifiestan los documentos del Vaticano II. En la Eucaristía de ese 11 de octubre de 2012 en la Plaza de San Pedro, Benedicto XVI, a propósito –dijo– de «lo que yo mismo tuve entonces ocasión de experimentar», predicaba al Pueblo de Dios:

«Durante el Concilio había una emocionante tensión con relación a la tarea común de hacer resplandecer la verdad y la belleza de la fe en nuestro tiempo, sin sacrificarla a las exigencias del presente ni encadenarla al pasado: en la fe resuena el presente eterno de Dios que trasciende el tiempo y que, sin embargo, solamente puede ser acogido por nosotros en el hoy irrepetible. Por esto mismo considero que lo más importante, especialmente en una efeméride tan significativa

como la actual, es que se reavive en toda la Iglesia aquella tensión positiva, aquel anhelo de volver a anunciar a Cristo al hombre contemporáneo. Pero, con el fin de que este impulso interior a la nueva evangelización no se quede solamente en un ideal, ni caiga en la confusión, es necesario que ella se apoye en una base concreta y precisa, que son los documentos del Concilio Vaticano II, en los cuales ha encontrado su expresión. Por esto, he insistido repetidamente en la necesidad de regresar, por así decirlo, a la *letra* del Concilio, es decir a sus textos, para encontrar también en ellos su auténtico *espíritu*, y he repetido que la verdadera herencia del Vaticano II se encuentra en ellos».

Fe y vida de fe, el libro que el lector tiene en sus manos, recoge nueve homilias que prediqué en el clima de aquel primer *Año de la Fe*. Era la Novena de la Inmaculada de 1973, que promovía la Universidad de Navarra en la Catedral de Pamplona.

La similitud pastoral y teológica de los desafíos que la Iglesia ha debido afrontar en ambos Años de la Fe es algo conocido, y a mí se me ha hecho evidente al releer aquellas homilias con ocasión de esta nueva edición. Estábamos entonces en el «primer posconcilio» del Vaticano II, como suelo llamar a aquellos años de Pablo VI que siguieron al gran acontecimiento conciliar. Con ocasión de preparar la Novena de la Inmaculada, nos reunimos varios sacerdotes, capellanes en la Universidad, con este único objetivo: identificar qué era lo más necesario, lo que el Señor nos pedía que tratáramos en aquellas celebraciones en honor de la Virgen Santísima. Y en la primera homilía de la novena expliqué a los fieles que los capellanes llegamos pronto a una conclusión muy sencilla: «Hoy hace falta –dije– hablar de la fe, del acto de la fe y de la virtud de la fe, de la fe en Dios y de la fe en su Iglesia. Sabíamos que, al elegir este tema, secundábamos las preocupaciones de la Iglesia Universal, que el día de San Pedro de este año 1973 encontraban solemne expresión en la predicación del Sucesor de Pedro» (ver *infra* p. 30).

La conclusión era obvia: «Este será, pues, nuestro tema a lo largo de estos días: la fe y la vida de fe».

* * *

Entonces la Novena de la Universidad de Navarra se celebraba, como he dicho, en la catedral de Pamplona. Hace ya tiempo que esa gran concentración de universitarios que desean honrar a la Virgen María no tiene lugar en la vieja catedral, sino en el moderno polideportivo del campus universitario: un lugar más próximo a sus quehaceres diarios, transformado durante esos días –a esas horas finales de la tarde– en un bello y singular espacio para la celebración de la Eucaristía.

Pero en Navarra nunca se rompe del todo con ninguna tradición. Se hizo, en efecto, «tradicional» que el día de la Inmaculada la muchedumbre estudiantil viniera de nuevo al casco antiguo, hasta la hermosa catedral, donde el arzobispo de Pamplona, concelebrando con los capellanes de la Universidad, predicaba la homilía de clausura en un culto solemne delante de Santa María la Real, Patrona de Pamplona.

De este modo, ese clima inolvidable de transmisión de la fe –la catedral del siglo XIII abarrotada de estudiantes del siglo XX–, sigue hoy abierto el 8 de diciembre a la experiencia de las nuevas generaciones. Esta conexión entre la tradición y los nuevos rumbos de la cultura, que simbolizan la catedral y el polideportivo, expresa muy bien la tensión y el horizonte permanente de una fe que busca ser vida de fe en medio del cambio cultural, social y político... Es la fe que confiesa, hoy como ayer, la Iglesia de Jesucristo, pero que cada joven generación tiene que hacer suya *ex novo*, como estrenándola desde su propia identidad.

Este marco universitario, litúrgico y pamplonés puede ayudar al lector a situar la naturaleza de este libro. Sus nueve capítulos corresponden a las nueve homilías que prediqué aquel año en honor de la Santísima Virgen.

* * *

Digamos ahora una palabra sobre el modo y contenido de esta predicación. Esta era la secuencia cotidiana de nuestras celebraciones: a las 8 de la tarde la Santa Misa, con homilía, seguida del canto solemne del *Salve, Regina*; el día de la Inmaculada, a las 10'30 de la mañana. Hablaba desde el Altar, desde el ambón con mis guiones, como sacerdote que ejerce el ministerio de la Palabra y anuncia a Jesucristo. No tenía, por tanto, derecho a exponer teorías personales, opiniones más o menos acertadas, sino obligación de explicar al Pueblo de Dios la Escritura Santa, el Evangelio. Debían ser eso: exposición de la Palabra del Señor, que se encuentra en la Sagrada Escritura y en la Tradición, interpretadas por el Magisterio vivo de la Iglesia. Para ordenar las ideas y penetrar en la doctrina, me servía, naturalmente, de la teología; sobre todo, de la gran tradición teológica que personifican San Agustín y Santo Tomás, que en estas homilías los lectores encontrarán abundantemente citados en interacción con los contextos culturales. Lo mucho bueno que, sobre la fe, han escrito grandes teólogos más recientes es, en gran parte, deudor al pensamiento de estas ilustres figuras.

Pero, si bien hay un cierto orden en el desarrollo, debo agregar que nada más lejos, que estas páginas, de un tratado sobre la fe: es predicación inserta en la liturgia de la Palabra de cada día, y la predicación se sirve de la teología, pero no es teología. Gravita ciertamente el *De fide* de Tomás de Aquino (*Suma Teológica*, 2-2 qq. 1 a 16), una joya escrita hace ochocientos años, que merece ser leída y pensada por todo el que desee profundizar en la naturaleza y estructura de la fe teológica. Pero lo que sobre todo tuve presente, al preparar mis guiones, fueron las lecturas bíblicas y la necesidad y la situación de los que me oían, y por eso, según los momentos, se considera un aspecto u otro de la fe, o se vuelve a lo ya considerado. Al ordenar la materia, hube por fuerza de limitarme a los aspectos más esenciales, bajando, a la vez, al terreno concreto de la lucha personal y de la urgente misión apostólica.

Una cosa tuve clara en todo momento: evitar planteamientos impropios de la ocasión que nos reunía. Estábamos, insisto, en el seno de la

celebración litúrgica de la fe: no se trataba de hablar de la fe a *incrédulos*, ni de la incredulidad a *creyentes*, sino *de la fe a los fieles*: a hombres y mujeres que querían vivir su fe y por eso venían diariamente a participar en la Sagrada Eucaristía. De ahí que este libro nació como un discurso para agradecer e ilustrar el don de la fe, para fortalecer la fe así creída e invitar a vivirla y pregonarla. Por decirlo en una palabra: queríamos que los creyentes redescubrieran en la Fe, y en la Eucaristía vivida en la fe, la llamada universal a la santidad y a la misión en la vida ordinaria, que el Concilio Vaticano II con tanta fuerza había proclamado y que el Gran Canciller de la Universidad nos había descrito de manera inolvidable en la homilía de la Misa que celebró en el campus el 8 de octubre de 1967.

Es ésta la forma esencial en que este libro, que se forja en el *Año de la Fe* de Pablo VI, se inscribe en el *Año de la Fe* de este 50 aniversario del Vaticano II: va dirigido a avivar y a fortalecer la fe de los evangelizadores, a dar bien a conocer el *Credo* y sus exigencias a la comunidad cristiana creyente, para que puedan extender el Evangelio. ¡Qué bien lo ha dicho Benedicto XVI en la audiencia del 17-X-2012!:

«También hoy necesitamos que el *Credo* sea mejor conocido, comprendido y orado. Sobre todo es importante que el *Credo* sea, por así decirlo, *reconocido*. Conocer, en realidad, podría ser una operación tan solo intelectual, mientras *reconocer* significa la necesidad de descubrir la profunda conexión entre la verdad que profesamos en el *Credo* y nuestra vida cotidiana, para que estas verdades sean real y efectivamente –como siempre fueron–, luz para los pasos en nuestro vivir».

Y Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, en el n. 1 de su reciente *Carta Pastoral con ocasión del «Año de la Fe»*, nos ha centrado el objetivo:

«El *Año de la fe* se presenta, pues, como una nueva llamada a cada uno de los hijos de la Iglesia para que tomemos conciencia viva de la fe, nos esforcemos por conocerla mejor y ponerla fielmente en

práctica y, al mismo tiempo, nos empeñemos en difundirla, comunicando su contenido —con el testimonio del ejemplo y de la palabra— a las innumerables personas que no conocen a Jesucristo o que no le tratan».

* * *

Antes, pues, que libro, que cosa escrita, esto que el lector tiene en las manos ha sido celebración litúrgica, *kerigma*, anuncio, palabra hablada, oración en voz alta, adoración. Si llegó a aparecer impreso se debió a una inesperada circunstancia: un querido colega y amigo de la Universidad, que ya está en el Cielo, no pudo asistir a la Novena y grabó las homilías en su casa a partir de la «Voz de Navarra», una emisora de Pamplona que las transmitía. La transcripción, realizada por dos alumnas en el Colegio Mayor Goroabe, fue inmediata y de calidad. El resto de mi trabajo, intenso y agradable: leer, corregir y ordenar; mejorar la expresión, compulsar los textos, ilustrar documentalmente las afirmaciones, desarrollar más algunos puntos, procurando siempre no alterar, en lo posible, el tenor confidencial, oral y orante, de aquellas conversaciones.

De *Fe y vida de fe* se hicieron tres ediciones en los años sucesivos y ahora la Editorial, con ocasión del nuevo *Año de la fe*, desea hacer una nueva edición y me ha pedido una relectura del libro para eventuales modificaciones. He refundido en esta «Palabra al lector» las notas a las anteriores ediciones en la perspectiva del evento que lleva a esta cuarta edición. Pero, a pesar del transcurso de los años y del tránsito del «primer posconcilio» a la actual situación «posconciliar» de la Iglesia, sólo he introducido, en el libro, aca y allá, correcciones literarias: de estilo, de claridad, de mejor expresión. Pero no he estimado necesario «reconsiderar» la materia. Por dos razones. Ante todo, porque esta predicación orante sobre la fe y su proyección existencial, proclamada desde el gran patrimonio doctrinal del Concilio Vaticano II, recién celebrado entonces,

mantiene sustancialmente su vigencia hoy, cuando el Santo Padre y el Sínodo de los Obispos relanzan el Vaticano II para la nueva evangelización:

«Si hoy la Iglesia propone un nuevo *Año de la fe* y la nueva evangelización, no es para conmemorar una efeméride, sino porque hay necesidad, todavía más que hace 50 años. Y la respuesta que hay que dar a esta necesidad es la misma que quisieron dar los Papas y los Padres del Concilio, y que está contenida en sus documentos» (*Homilía*, 11-X-2012).

Pero, a la vez, porque esas consideraciones ponían de manifiesto, de distintos modos, aquel ambiguo clima posconciliar que, en el «segundo posconcilio», hará necesario el Sínodo Extraordinario de 1985 –del que salió la petición a Juan Pablo II del *Catecismo de la Iglesia Católica*– y ahora nos ha llevado al nuevo *Año de la Fe*. Y es que los problemas de la Iglesia y de la cultura, hoy, a los cincuenta años de la clausura del Concilio, son en realidad los mismos, aunque más visibles y agobiantes. El Santo Padre Benedicto XVI lo ha dicho al clausurar el reciente Sínodo:

«La nueva evangelización no es una invención nuestra, sino un dinamismo que se ha desarrollado en la Iglesia, de forma particular, a partir de los años 50 del siglo pasado, cuando se hizo patente que también los países de antigua tradición cristiana se habían transformado, como se suele decir, en «tierra de misión». Por eso brotó la exigencia de un anuncio renovado del Evangelio en las sociedades secularizadas, con la doble certeza de que, por una parte, es solamente Él, Jesucristo, la verdadera novedad que responde a las expectativas del ser humano de cualquier época y, por otra, que su mensaje tiene que ser transmitido de forma adecuada en los contextos sociales y culturales que cambian» (*Angelus*, 28-X-2012).

Al acabar estas líneas tengo la alegría de expresar el agradecimiento y la deuda que este libro y su autor tienen con San Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei –entonces, en 1973, Gran Canciller de la Universidad de Navarra. Deuda, no ya por las numerosas citas que tomo en préstamo a sus obras, sino por lo que la riqueza y el vigor de su espiritualidad suponen para mi vida y para mi responsabilidad ministerial. Deuda, sobre todo, por el amor y la entrega con que, en horas turbulentas de la Cristiandad, nos ha enseñado a tantos en el mundo entero a ser *fortes in fide*, y a vivir de fe.

La figura de San Josemaría se agiganta ante el nuevo *Año de la Fe* y en el horizonte de esa forma de la misión de la Iglesia que llamamos «nueva evangelización». Debo subrayar especialmente, en esta nueva edición, lo que mi lectura de los textos conciliares y mi ubicación en aquel «primer posconcilio» deben a San Josemaría. De él aprendí a leer los documentos del Vaticano II al modo de lo que Benedicto XVI llamará después reforma sin ruptura o hermenéutica de la continuidad con la gran Tradición doctrinal y teológica, «sin nostalgias anacrónicas y sin huidas hacia adelante, acogiendo la novedad en la continuidad»¹; por eso se hermanan en este libro los Padres de la Iglesia, los Concilios modernos y los de la Antigüedad junto con el Magisterio eclesiástico del siglo XX; y, sobre todo, como he dicho, Agustín y Tomás, los grandes de la teología.

1. Cfr. una vez más la homilía de Benedicto XVI en la apertura del *Año de la Fe*. –Entre mis guiones de la Novena de 1973, conservo estas palabras que el Prof. Ratzinger escribió el año anterior: «Estoy convencido de que, para avanzar hoy, lo que se impone no es una actitud reduccionista ante el Concilio de Trento, sino lo contrario: la radicalización de las posibilidades que allí se abrieron» (J. RATZINGER, «Opfer, Sakrament und Priestertum in der Entwicklung der Kirche», en *Catholica* 26 [1972] 124). En el ambiente posconciliar no eran entonces, ni ahora, «políticamente correctas»...

«El Concilio para el tercer milenio» –así le llamaba Juan Pablo II– debe, pues, prolongarse en la nueva evangelización. Por eso, un libro sobre la fe no tiene sentido si no es *in sinu Ecclesiae*, en la comunión que es la Iglesia. No puede ser sino un testimonio de agradecimiento a Nuestro Señor Jesucristo por el don inmerecido de la fe, que nos hace habitar alegres en la Casa del Señor: en la Iglesia, que Él mismo entregó a Pedro y en el Símbolo confesamos «una, santa, católica y apostólica»; la Iglesia, que es, hasta que vuelva el Señor, «columna y fundamento de la Verdad» (1 Tim 3, 15).

Por eso, mi consejo al lector, al terminar estas palabras introductorias, es que se disponga durante el *Año de la Fe* a un atento seguimiento de las catequesis de Benedicto XVI. El Santo Padre anunció en la primera Audiencia (miércoles 17-X-2012) que la temática del Año sería el *Credo* y la detenida exposición de sus contenidos. No cabe mayor coherencia:

«¿Dónde hallamos la fórmula esencial de la fe? ¿Dónde encontramos las verdades que nos han sido fielmente transmitidas y que constituyen la luz para nuestra vida cotidiana? La respuesta es sencilla: en el *Credo*, en la Profesión de fe o Símbolo de la fe nos enlazamos al acontecimiento originario de la Persona y de la historia de Jesús de Nazaret [...].

»Frecuentemente el cristiano ni siquiera conoce el núcleo central de la propia fe católica, del *Credo*, de forma que deja espacio a un cierto sincretismo y relativismo religioso, sin claridad sobre las verdades que creer y sobre la singularidad salvífica del cristianismo. Actualmente no es tan remoto el peligro de construirse, por así decirlo, una religión auto-fabricada. En cambio debemos volver a Dios, al Dios de Jesucristo; debemos redescubrir el mensaje del Evangelio, hacerlo entrar de forma más profunda en nuestras conciencias y en la vida cotidiana. En las catequesis de este *Año de la Fe* desearía ofrecer una ayuda para realizar este camino, para retomar y profundizar en las verdades centrales de la fe acerca de Dios, del hombre, de la Igle-

sia, de toda la realidad social y cósmica, meditando y reflexionando en las afirmaciones del Credo».

El proyecto anunciado se diría que hace eco a la catequesis de San Pedro Crisólogo, que escribía en el siglo V:

«Retén bien en la memoria esta fe que ahora estás oyendo, expresada con palabras sencillas y, en el momento oportuno, comprenderás que esas afirmaciones proceden de las divinas Escrituras. Porque el Símbolo de la Fe no se ha compuesto al gusto de los hombres, sino que con asertos sacados del conjunto de las Escrituras se ha realizado y completado esta única doctrina de fe» (*Cat. 5, De fide et symbolo*, 12-13: PG 33, 519-523).

Finalmente, quiero hacer más estas conocidas palabras de San Agustín: «Quae vera esse perspexeris, tene, et Ecclesiae Catholicae tribue; quae falsa, respue, et mihi, qui homo sum, ignosce: —lo que en estas páginas veas verdadero, quédate con ello, y reconoce ahí a la Iglesia Católica; lo que veas falso, recházalo y en mí reconoce simplemente a un hombre» (*De vera religione*, 10, 20). Y, sobre todo, deseo que nuestra mirada se levante una vez y otra hacia la Madre de Dios, que es también Madre nuestra, a la que el Sumo Pontífice Pablo VI, en el Concilio Vaticano II, quiso proclamar Madre de la Iglesia. A Ella, que las motivó, continúen ahora estas páginas rindiendo homenaje.

Pamplona, 28 de octubre de 2012,
al acabar el Sínodo
sobre la nueva evangelización
para la transmisión de la fe
Pedro RODRÍGUEZ